

LOS DE ABAJO

Rodolfo Bucio

*A Sury, por el abuelo
que no conoció*

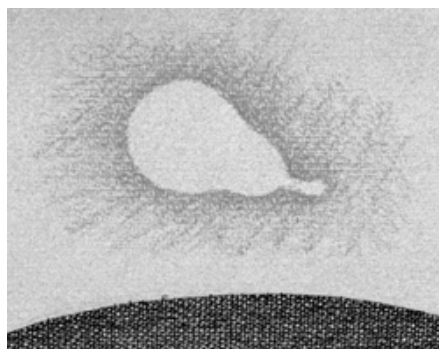
volución mexicana. Así la pinta Mariano Azuela en *Los de abajo*.

Rodolfo Bucio (ciudad de México, 1955) estudió filosofía en la UNAM. Fue becario INBA-Fonapas (1982-83) y del Centro Mexicano de Escritores (1985-86) en narrativa. Ha publicado los libros de cuentos *Las últimas aventuras de Platón, Diógenes y Freud* (SEP, 1982) y *Escala al cielo* (Cuadernos de Estraza, 1982) y el de prosa poética *Geoda* (UAM Xochimilco, 2000).

I
“¿Pos cuál causa defendemos nosotros?...”, pregunta Demetrio Macías (“Alto, robusto, de faz bermeja, sin pelo de barba...” —p. 5—, “...indígena de pura raza...” —p. 50—), el jefe revolucionario, a un asustado Luis Cervantes (“...ojos glaucos de tierna expresión... carrillos frescos y rosados como los de un muñeco de porcelana... piel

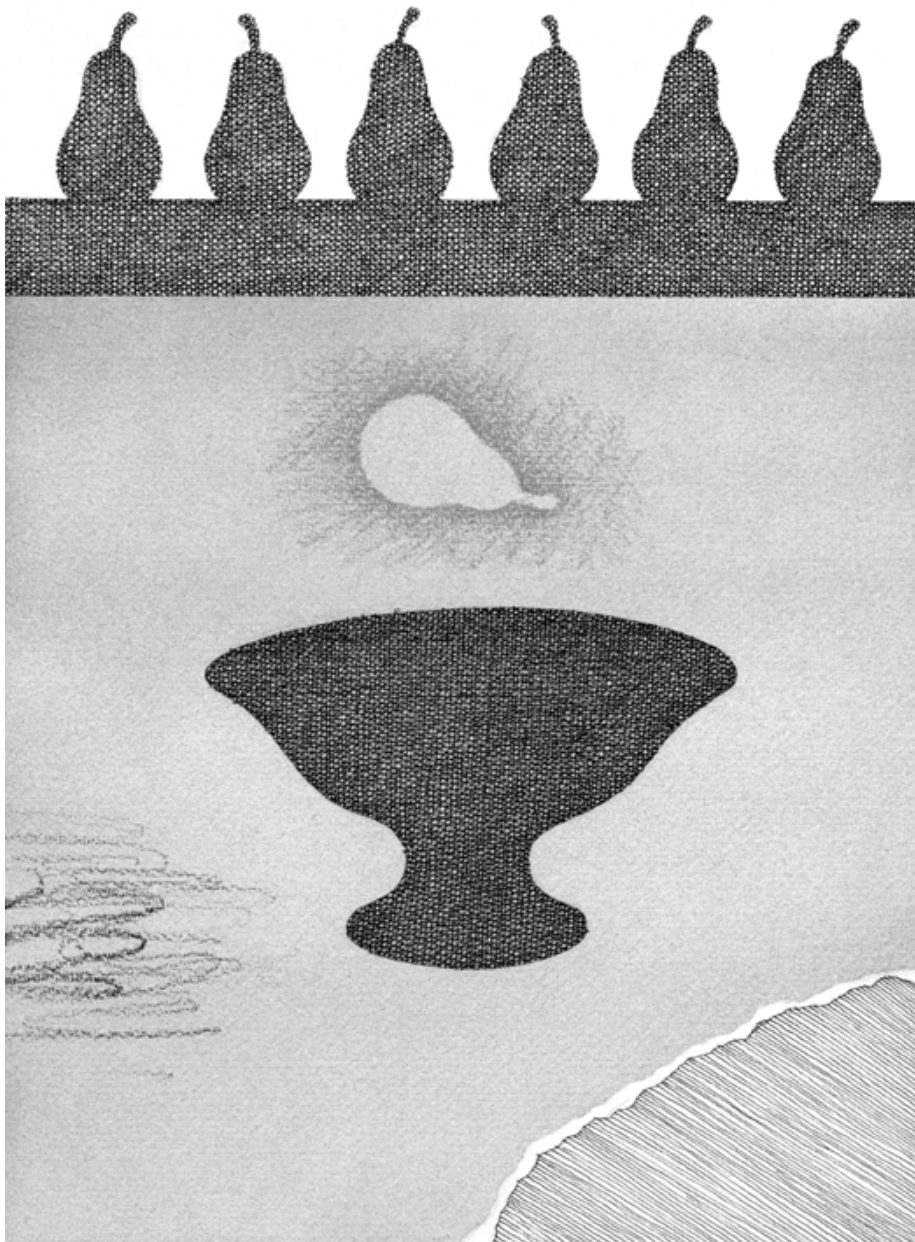
Publicada originalmente en 1916 en la ciudad texana de El Paso, *Los de abajo* inicia el ciclo de la narrativa de la Revolución mexicana, cuando ésta aún no concluía. El Fondo de Cultura Económica la sigue reimprimiendo, para que la conozcan quienes nunca la han leído y la releen aquellos que ya la disfrutaron alguna vez.

La Revolución pronto se convirtió en una guerra de facciones. Cada quien por su lado. Ningún jefe revolucionario quería tener otro jefe. Así se lo dice Demetrio Macías a Luis Cervantes: “No tengo genio para eso... A mí no me cuadra rendirle a nadie” (p. 43). Y sobre algunas de las motivaciones de andar en La Bola: “¿Qué cree que uno anda aquí por su gusto?... Cierito, ¿a qué negarlo?, a uno le cuadra el ruido; pero no sólo es eso...” (p. 41).



blanca y delicada... el rubio tierno de sus cabellos, rizados ligeramente” —p. 38), el curro, joven ex estudiante de medicina que deserta del ejército federal para unirse a los alzados. Cervantes no responde. Calla. Tal vez porque no hay nada qué responder. Ésa es la inicial Re-

Con prosa clara, directa, precisa, sin artificios, pero no por ello menos bella, Azuela nos cuenta la transformación de Demetrio Macías —que es, con mucho, la transformación de la propia Revolu-



ción—: de ser un campesino que tiene problemas con un cacique (don Mónico), a jefe de un pequeño grupo de alzados. Luego, gracias a su audacia y buenas dotes de guerrillero, llega a “coronel” (gracias al bautizo de Luis Cervantes, su secretario) y después a general.

Así, en su tránsito, pasa de dormir en corrales con su tropa —sobre estiércol— a ocupar cualquier casa que le gusta en las ciudades donde pelea: total, todos hacen lo mismo. De vivir de la caridad de los habitantes de una pequeña rancharía al pillaje y a los “avances” (léase despojos de guerra). De be-

ber tequila al champaña. En esa nueva y rara riqueza, casi ajena, Azuela narra este episodio, que pinta de cuerpo entero a sus personajes:

Demetrio saca su repetición de oro incrustado de piedras y pide la hora a Anastasio Montañés.

Anastasio ve la carátula, luego saca la cabeza por una ventanilla y, mirando al cielo estrellado, dice:

—Ya van muy colgadas las cabrillas, compadre; no dilata en amanecer (p. 78).

Así, apoderarse de cualquier cosa se vuelve un deporte, una forma de existir. En palabras de Luis Cervantes, justificando el pillaje: “Y así como ni Villa, ni Carranza, ni ninguno otro han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que le están prestando a la patria, tampoco tenemos necesidad de pedirle licencia a nadie” (p. 95). Los despojos, la rapiña se vuelve moneda común entre ellos, con la conciencia de estar sólo tomando lo que les pertenece, lo que nadie va a darles en caso de triunfar: “La verdad es que yo ya me pagué de más mis sueldos atrasados —dijo la Codorniz mostrando los relojes y anillos de oro que se había extraído de la casa cural” (p. 102).

La Convención de Aguascalientes desconoce a Carranza como primer jefe y decide elegir un presidente interino. Así, Villa peleará ahora contra Carranza. Al ser informado Macías de esto por Natera, éste le pregunta de qué lado se va a poner. Demetrio contesta: “Mire, a mí no me haga preguntas, que no soy escolante... La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que no más me dice: ‘Demetrio, haces esto y esto... ¡y se acabó el cuento!’” (p. 122).

Las tropas al mando de Álvaro Obregón derrotan a Villa en Celaya. Cae el héroe, el que parecía invencible, el gran guerrillero (“Villa derrotado era un dios caído. Y los dioses caídos ni son dioses ni son nada”, pp. 128-129). La turbiedad es más turbia ahora. Por qué pelear, por quién, para qué. Pero muchos sólo tienen una certeza: “Porque si uno trae un fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, seguramente que es para pelear. ¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¿Eso nunca le ha importado a nadie!” (p. 124).

La Revolución se ha vuelto tierra de nadie, galimatías. Pero es inevitable. Hay que pelear. La mujer de Demetrio Macías pregunta sin comprender —en una de las escenas más significativas de esta novela—, cuando ve a su esposo que hace dos años partió, el motivo de que éste siga en la lucha:

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se pára... (p. 137).

Y el final, cuando los enemigos emboscan en la sierra a Demetrio y sus hombres, como alguna vez ellos lo hicieron, final heroico, trágico, lleno de la muerte que ha campeado en toda la novela: “Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...” (p. 140).

II

En lo que erratas y problemas se refiere, *Los de abajo* puede considerarse un libro muy aceptable. Por mi parte encontré: p. 28, una admiración que abre pero no cierra; p. 63, ella en lugar de ella; p. 70, un solo con acento y no debe llevarlo; pp. 83 y 92, faltan guiones para abrir diálogo; p. 132, el obvio error de “...frunce el ceño...”; p. 136, una línea sin sangría; p. 139, dos líneas sin abrir guión de diálogo.

Hay un caso extraño en la página 59. Los alzados descubren entre los solda-

dos a un espía que les dio falsos informes sobre la cantidad de militares en la plaza que están a punto de tomar. Narra Azuela: “El viejo levanta su cara indígena llena de arrugas y sin una cana. Dentro reconoce al que la vispera los engañó”. Aquí hay un problema, y que ese Dentro debe ser, en realidad, Demetrio. Porque ¿quién reconoce al viejo?, ¿qué significa Dentro?, ¿Dentro de qué? La única posibilidad es que se trate de Demetrio, pues él mata al anciano.¹

Un recado para las autoridades del Fondo de Cultura Económica: reeditar tan importante libro es una encomiable labor, digna de aplauso. Pero ¿no sería ya el día de cambiar la tipografía de *Los de abajo*? Han usado los mismos viejos originales para reimprimir desde hace años, pero en algunas partes del libro se han comenzado a borrar acentos, comas, comillas, además de las pocas erratas de la edición original. ¿Por qué no parar tipografía nueva? Nada les cuesta. Así tendríamos un volumen disfrutable de principio a fin.

III

Los de abajo fue el primer libro que leí, hace ya muchos años (cuando comenzó una costumbre que para entonces ya era un vicio). Nuestro maestro de literatura, a quien sus alumnos apodábamos El Huevo —y cuyo verdadero nombre he olvidado, aunque recuerdo su apellido: Valdés—, nos pidió que lo compráramos. De todos los alumnos de ese primero de secundaria sólo yo lo hice; bueno, mis padres.

Así que aquel maestro de ilustre memoria me pasó al frente, a la tarima, varias ocasiones y me puso a leer a Mariano

Azuela para mis compañeros. Después volví a escuchar que muchos otros maestros míos afirmaban (igual que El Huevo) que la lectura en voz alta forma el oído y nos enfrenta de una manera diferente a la literatura, distinta a la experiencia de leer en silencio. Sabía lección que en esos años de la adolescencia no entendí y ahora aprecio.

Leer en voz alta nos acerca de otra manera a la literatura, permite saber cómo suenan las palabras, cómo las tratamos, qué encontramos en ellas. Es un acto tan viejo como sabio. Es conversar con los ancestros, con aquellos que uno ha amado.

Sé, como dijo Borges, que uno es apenas el resumen de unas pocas habilidades que ha ido aprendiendo en la vida. Leer es la única que, pienso, aprendí. Sólo soy un lector. No sé si bueno o malo, pero un lector.

Aún me oigo leer —cuando lo hago en voz alta— con los acentos, las pausas y la voz de mi padre. •

Mariano Azuela, *Los de abajo. Novela de la Revolución mexicana, trigésima cuarta reimposición, México, Fondo de Cultura Económica, 1994 (Colección Popular, 13), 142 pp.*

Nota

¹Como puede comprobarse consultando la edición que hizo Antonio Castro Leal: *La novela de la Revolución Mexicana* (selección, introducción general, cronología histórica, prólogos, censo de personajes, índice de lugares, vocabulario y bibliografía por Antonio Castro Leal), t. I, México, SEP/Aguilar, 1988 (Obras Eternas), p. 77.